

Del conocimiento

Ramón Muñoz-Chápuli

Mediodía en una facultad imaginaria. Una profesora (o profesor, no es este un detalle relevante en esta historia) lee un libro sentada en un banco. Un alumno (o alumna, para el caso es lo mismo) se acerca.

A. Perdona, ¿le importa que me sienta? Tengo sólo media hora para comer antes de volver a clase.

P. No, adelante, estaba aprovechando este rato para leer al sol. Hace un día muy agradable.

A. ¿No se acuerda de mí?

P. Sí, la verdad es que me suena tu cara... Te he dado clase, ¿no?

A. Sí, en primero. Una asignatura estupenda, me gustó mucho la forma que tenía usted de hacernos razonar.

P. Pues muchas gracias, me alegro. Y ¿cómo te va?

A. Bien, con el lío de las clases, prácticas y ahora sobre todo los trabajos...

P. Os estamos pidiendo muchos trabajos, ¿no?

A. Sí, con esto del espacio europeo no paramos... Ahora precisamente he terminado uno sobre la Sociedad del Conocimiento.

P. ¿Y eso qué es?

A. Bueno, se supone que es la sociedad del futuro, en la que el conocimiento será uno de los activos más importantes, más aún que los tradicionales capital y trabajo.

P. Y yo que pensaba que todavía estábamos en la Sociedad de la Información...

A. Al parecer esta es la cuestión. La expresión "Sociedad del Conocimiento" fue acuñada por un tal... (hojea el trabajo) Peter Drucker en 1969, y se plantea como un ideal, una meta. Se parte de que no es lo mismo "información" que "conocimiento". La información es exterior al individuo, se puede almacenar de forma automática y es pasiva. El conocimiento es interno, exclusivamente humano, toma forma cuando la mente asimila y organiza la información. El conocimiento además conduce al individuo a la acción.

P. ¿Y qué ventajas encontraremos en la Sociedad del Conocimiento?

A. Precisamente su importancia como factor productivo. En un mundo globalizado y competitivo, el conocimiento será algo esencial para el progreso económico y social.

P. ¿Y nada más?

A. ¿Le parece poco?

P. Pues sí. Yo creo que el conocimiento es muchísimo más. Fíjate como los filósofos de todas las épocas, que nunca prestaron mucha atención al sistema productivo (salvo los marxistas, claro está), dieron una importancia fundamental al conocimiento humano. La Epistemología, una de las ramas más importantes de la Filosofía, es precisamente Teoría del Conocimiento.

A. ¿Para qué más nos puede servir entonces el conocimiento?

P. Piénsalo. No podemos apropiarnos de toda la información disponible, que ya sabes que es inmensa. Por tanto, tenemos que seleccionar aspectos concretos del saber. Esa selección del conocimiento nos hace diferentes, contri-

buye a nuestra identidad individual y nos proporciona un bagaje que nos relaciona con los demás. El conocimiento nos hace menos vulnerables al adoctrinamiento y la manipulación, dos prácticas para las que siempre resultan ideales las masas homogéneas. El conocimiento nos hace fuertes frente al engaño. Un mayor conocimiento evitaría que se estén anunciando y vendiendo productos a los que se atribuyen cualidades terapéuticas sin haber pasado por ningún ensayo científico o clínico. Resquicios legales, como la consideración de "complementos dietéticos" son utilizados para esto sin escrúpulos, mientras las autoridades de sanidad y consumo miran para otro lado.

A. Bueno, suelen ser productos sin efectos secundarios.

P. Sí, pero se defrauda la buena fe de personas, muchas veces de escasos recursos, que confían en vano que esos productos les solucionen problemas de salud. Pero hablando de salud, resulta que conocer es saludable. El que sabe, maneja mejor su cuerpo y su vida, ¿sabes que hay una correlación positiva entre conocimiento y longevidad? Además está bien establecido, sobre una base fisiológica, que la actividad mental prolonga las capacidades y retrasa el envejecimiento cerebral. El conocimiento además nos explica nuestro mundo y a nosotros mismos, algo esencial para los que nos hacemos preguntas y no encontramos respuesta en las religiones. Por si todo esto fuera poco, conocer nos permite disfrutar más del arte y la belleza. El disfrute que obtenemos de un cuadro o una pieza musical es muy superior cuando nuestra percepción estética se apoya sobre una base de conocimiento.

A. (Ha aprovechado el discurso para acabar su bocado). Aprender forma parte de nuestra naturaleza humana...

P. Y más allá. Forma parte de nuestra naturaleza animal. Como en los demás mamíferos, nuestra corteza cerebral experimenta en la primera etapa de la vida un lento proceso de maduración que depende de las experiencias que adquirimos. En este periodo de aprendizaje todos los jóvenes mamíferos "juegan", es decir, experimentan continuamente con su entorno. Habrás observado la continua actividad exploradora de los cachorros de perros o gatos, pero quizá no hayas reparado en que esto no sucede en animales que no sean mamíferos. En nuestro grupo animal, los cuidados parentales (lactancia, vigilancia, etc.) permiten esta adquisición de experiencias y mecanismos de respuesta frente a los problemas que se nos presentarán a lo largo de nuestra vida. Esta es una de las dimensiones más importantes de esa compleja cualidad que denominamos inteligencia. El conocimiento, por tanto, desarrolla la inteligencia y la capacidad de enfrentarnos a problemas.

A. Sí, pero yo creo que no se es más feliz por saber más.

P. Estoy de acuerdo, en parte. La felicidad es un estado complejo de definir. Si basamos nuestra felicidad en la búsqueda de respuestas, en el equilibrio interior o el autoconocimiento, es posible que la sabiduría nos acerque a nuestra meta. Pero el conocimiento también puede desasosegarnos y aflojar los lazos que nos unen a nuestro entorno personal. Saber además en qué estado está el mundo, la geografía de las guerras, la catástrofe que viven muchas zonas de África, no constituye precisamente la mejor fuente de satisfacción. Conocer es también "compadecer", ser sensible al sufrimiento de los demás.

A. Bueno, digamos que al menos conocer nos completa, y se ajusta a nuestra naturaleza humana y animal, a nuestra sed natural de conocimientos. Si es así, todo lo que nos lleve hacia la "Sociedad del Conocimiento" será bueno ¿no?

P. La experiencia me hace desconfiar de las etiquetas de moda. Fíjate como ciertas palabras como "Innovación", "Excelencia", "Sostenibilidad" o "Dinamización" se utilizan para legitimar o al menos dar valor a la frase en la que se han incrustado. Sin embargo, no creo que en los discursos actuales la etiqueta "Sociedad del Conocimiento" ten-

ga el significado amplio del que antes hablábamos. En muchos casos se confunde el medio con el fin, se identifica "Sociedad del Conocimiento" con el simple uso de ordenadores. Sí, estos maravillosos cacharros nos permiten acceder a la información y almacenarla, pero como tú has dicho...

A. El conocimiento es algo exclusivamente humano, no tecnológico.

P. Exacto. Por otro lado, observa la frecuencia con la que los poderes, públicos o privados, han mostrado desconfianza hacia el conocimiento. Y viceversa, muchos de los que se han enfrentado a poderes considerados como injustos han tenido al conocimiento como una forma de oposición. Los ejemplos son numerosos a lo largo de la historia. Los revolucionarios franceses redactaban artículos de la Enciclopedia como una forma de ataque directo al absolutismo. Al mismo tiempo, la Sociedad Lunar en Birmingham aunaba el pensamiento liberal con el ansia de conocimiento científico. Ya en pleno Romanticismo, un grupo de intelectuales en Nueva Inglaterra, sobre todo Emerson y Thoreau, desarrollan el pensamiento crítico y antidogmático, y el segundo crea el concepto "desobediencia civil". Por desgracia aquí soplaban otros vientos. En esa misma época, nuestro último rey absolutista, Fernando VII, era halagado por un sumiso rector español con aquella célebre frase: "lejos de nosotros, Majestad, la funesta manía de pensar". Afortunadamente, a finales del XIX regeneracionistas y krausistas ponían todo el énfasis en la educación y el saber. Un movimiento trágicamente truncado por la guerra civil, durante la que otro rector mucho más digno que el anterior de ser recordado por su pensamiento libre, Miguel de Unamuno, tenía que escuchar en Salamanca aquel infame "¡Muera la inteligencia!" proferido por el general Millán Astray...

A. Pero la sociedad de hoy es diferente, es democrática, está regida por poderes públicos que, aunque no sea más que por interés electoral, intentan dirigir la política en la dirección correcta.

P. No te lo niego, pero muchas veces esa dirección está condicionada por intereses poco claros, prácticamente invisibles. Hay síntomas preocupantes.

A. ¿Por ejemplo?

P. Podría hablarte de la alianza entre la Ciencia y el Estado que denuncia el filósofo Paul Feyerabend y que ha despojado a la primera de buena parte de la independencia y el espíritu crítico que tuvo en los siglos XVIII y XIX. Pero te voy a poner un ejemplo más cercano, que nos afecta directamente a los universitarios. Sabes que la universidad es y ha sido siempre una institución esencial a la hora de crear y transmitir conocimientos.

A. Y lo seguirá siendo en el futuro. No puedo imaginar lo contrario.

P. Sin embargo, en los últimos años se nos insiste en la necesidad de pasar de una "enseñanza basada en conocimientos" a una "enseñanza basada en competencias". Algo paradójico, dado el supuesto interés por encaminarnos hacia la "Sociedad del Conocimiento".

A. Bueno, esto se debe a lo de Bolonia y el Espacio Europeo de Educación Superior. Hay que hacer cambios para converger con Europa.

P. Es curioso cómo esto se da por hecho... En realidad, la Declaración de Bolonia y otros documentos posteriores que sirven de referencia al EEES no hacen la menor alusión a cambios en los métodos docentes, sino que se ocupan de que la diversidad de titulaciones y calificaciones no sea un obstáculo para la movilidad de los estudiantes y el empleo de los titulados europeos. Por eso se trata de establecer un sistema común de títulos (Grado y Posgrado, como sabes), y una unidad de cuenta (el crédito europeo) que facilita la comparación entre expedientes académicos.

A. Sí, pero luego está lo de las tutorías, los trabajos personales...

P. Esto es lo que se atribuye al "Espacio Europeo", cuando sobre todo es un intento de transplantar modelos anglosajones a nuestras aulas, sin los medios ni la tradición de las Universidades donde se aplican. Se nos dice que es el momento de cambiar el énfasis docente desde el conocimiento (el saber) hacia la competencia y la destreza (el saber hacer). Es un enfoque utilitarista, que valora los conocimientos en función de su aplicabilidad.

A. Entonces, ¿está usted en contra del conocimiento aplicado?

P. Todo lo contrario, no estoy en contra de ninguna forma de conocimiento. Estoy en contra de que se opongan conocimientos y competencias, como si fueran entidades pertenecientes a esferas distintas. Se crea una falsa oposición entre estos dos conceptos, y luego se identifica "conocimiento" con el pasado, "competencia" con el futuro. Es un truco que funciona muy bien. Sin embargo, yo creo que la enseñanza es conocimiento integral, sin apellidos. Por supuesto que el conocimiento debe incluir la capacidad de localizar la información relevante, organizarla, darle sentido, transmitirla y, eventualmente, aplicarla. Si no, no será un auténtico saber. El estudiante que adquiere un conocimiento integral alcanza por sí mismo la competencia, en todos los sentidos de la palabra.

A. ¿Prefiere usted seguir limitando la enseñanza a las clases magistrales?

P. No me interpretes mal, nuestro mayor reto debe ser haceros mucho más activos a la hora de aprender. Debemos evitar por todos los medios la pasividad a que conduce transcribir apuntes al dictado (o peor aún, fotocopiarlos) y repetirlos de memoria en un examen. Pero la insistencia en aplicar un método docente concreto me recuerda lo que escribe Feyerabend acerca de la investigación científica. Para este filósofo, todo intento de definir un método científico único y universal solo conseguirá restringir la capacidad de acción de los investigadores. En su famoso ensayo *Contra el método* afirma que si a pesar de todo alguien exige una regla, un principio metodológico, él sólo puede proponer uno: Todo vale (anything goes, título de una estupenda canción de Cole Porter). Podemos aplicar la misma idea a la enseñanza y proponer que el enseñante, como el científico, sea un "oportunista del método", que conozca y sea capaz de utilizar todas las posibilidades, todos los recursos (lo que ahora se llaman "metodologías", otra etiqueta de moda). No caigamos en el error de pensar que un simple cambio de método, por ejemplo sustitución de clases por trabajos, supone por sí mismo un avance. Podemos pedir que hagáis trabajos, sin duda, pero exigiendo calidad y dedicando muchas más horas de nuestro tiempo que las que se nos reconocen oficialmente. Si no tutorizamos la marcha de vuestros trabajos, los devolvemos corregidos y volvemos a corregirlos todas las veces que sea necesario, al final caeréis en la rutina del "copiar/pegar", sin la menor apropiación de la información, sin haberla transformado en conocimiento. ¿Has oído hablar de "El compromiso de Horacio"?

A. ¿El de CSI Miami?

P. No, cielos, no... Horacio es un personaje imaginario creado por un pedagogo estadounidense, TheodoreSizer, para hacer una crítica del sistema escolar americano. Se trata de un profesor de escuela secundaria quemado por la falta de medios, la falta de interés de sus alumnos, una burocracia asfixiante, etc. Horacio comprende que en estas condiciones la enseñanza degenera hacia un compromiso tácito entre profesores y alumnos. Unos y otros se dicen mutuamente "no me exijan ustedes demasiado (como profesor, como alumno), y yo no les causaré mayores problemas". Este compromiso es una auténtica amenaza para el saber y la formación, y puede establecerse en cualquier sistema educativo, con cualquier método docente, sea el más tradicional o el más innovador. El compromiso de Horacio es el peligro, y no la utilización de un método docente u otro.

A. Quizá tenga usted razón, pero me parece que los tiros no van a ir por ahí.

P. Puede que sí o puede que no, pero esta es mi opinión. Estamos aquí para enseñar y aprender, y para esto nece-

sitamos autonomía, autoexigencia, y no perder el tiempo en una burocracia muchas veces inútil. Pero sobre todo, no podemos restar valor al conocimiento en la propia institución que tiene por misión crearlo y transmitirlo a la sociedad. Si queremos construir una Sociedad del Conocimiento, y ya te he dicho que esto debe ser ahora tan importante para nosotros como lo era para los filósofos griegos, los ilustrados o los regeneracionistas, hay que dar valor al saber. Hay que hacer un esfuerzo real que no se quede en discursos autocomplacientes y llenos de etiquetas. Hay que cambiar los modelos. ¿Qué modelos son los que la sociedad os ofrece ahora a los jóvenes? ¿Quiénes son los triunfadores, los que marcan la tendencia?

A. Deportistas, modelos de pasarela, actores, cantantes...

B. Todo perfectamente respetable, pero nada especialmente vinculado con el conocimiento. No, lo siento, no veo interés especial por poner en valor el conocimiento a todos los niveles de la sociedad.

A. Al menos vivimos en una sociedad libre. Nos podemos relajar un poquito, ¿no?

P. En eso tienes razón, pero sólo en parte. El siglo XX tampoco tenía que temer nada del absolutismo monárquico, y sin embargo conoció dictaduras crueles y guerras devastadoras. Nuestro entorno geográfico y político en el XXI probablemente estará vacunado contra esos peligros, pero las amenazas que vengan pueden ser mucho más sutiles.

A. ¿Por ejemplo?

P. La dictadura del pensamiento único, de lo "políticamente correcto". La incapacidad de criticar cualquier consigna que venga de los "expertos" (esa amenaza para una sociedad libre, por citar de nuevo a Feyerabend). La renuncia a elaborar juicios propios, a desarrollar opiniones diferentes a las del grupo al que queremos pertenecer. La pérdida del individualismo crítico, del libre-pensamiento. Que la circulación de ideas se produzca exclusivamente "de arriba abajo". Eso sí, todo en un ambiente perfectamente democrático y liberal.

A. Creo que exagera. De todas formas me quedo con algunas ideas. Incluso, creo que voy a añadir algunas a mi trabajo. La verdad es que lo había copiado de la Wikipedia... ¡Gracias por la charla!

P. Gracias a ti, por escucharme. Vuelvo a mi lectura. ¿Sabes? Los jóvenes siempre habéis buscado expresar vuestra rebeldía y construir vuestra propia identidad. Es algo natural. Pero las modas a las que os sometéis os uniformizan. Pensad si no encontraréis en el conocimiento la diferencia que estáis buscando. Quizá no podáis hoy día encontrar un acto de independencia tan hermoso y radical como abrir un libro, y leer...

Ramón Muñoz-Chápuli es Catedrático de Biología Animal de la Universidad de Málaga